

nera subestimar el verdadero mérito de una obra construida sobre una sólida base de datos y que tiene la gran ventaja de presentarse en un lenguaje ameno, sin tecnicismos y, por consiguiente, accesible a todos.

MARIE-CLAIRE FIGUEROA

ARCHIVO HISTÓRICO DIPLOMÁTICO MEXICANO, *México y Rusia en la primera mitad del siglo XIX*, prólogo de Héctor Cárdenas, selección documental de Martha Ortega y Alexander Sisonenko, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1990, 126 pp.

La historia diplomática que en el siglo XIX y buena parte del XX había ocupado un lugar destacado entre los estudios históricos, en las últimas décadas lo ha perdido por haberse limitado a la exploración de la correspondencia diplomática entre las cancillerías y, de este modo, excluir el análisis de las interacciones políticas, económicas, comerciales y culturales e ignorar la participación de otros países en las relaciones bilaterales y multilaterales de una región.

Esta publicación del Archivo Histórico Diplomático Mexicano sobre un tema tan desconocido como el de las relaciones entre México y Rusia en la primera mitad del siglo XIX, no sólo llena una laguna en nuestro campo de interés sino que representa una aplicación del enfoque global, en el cual las relaciones entre los dos países involucrados se ubican en el marco de las influencias directas e indirectas de otros países, no necesariamente vecinos de los primeros. Tal enfoque ofrece un escenario más completo y complejo, ya que busca descubrir las intenciones y las acciones de todos los gobiernos interesados en la relación México-Rusia en una época anterior a la globalización de la política internacional.

En el caso concreto de esta relación en la primera mitad del siglo pasado desempeñaron un papel nada desdeñable España (por razones obvias), Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Prusia. Incluso se puede constatar que, con el paso del tiempo, creció la influencia de estos países en la relación bilateral.

La perspectiva global de las relaciones mexicano-rusas en este periodo se presenta tanto en un extenso prólogo de Héctor Cárdenas, como en la selección de documentos a cargo de la investigadora mexicana Martha Ortega y del académico soviético Alexander Sisonenko. En efecto, desde la primera página Cárdenas lo anuncia en los siguientes términos: "La historia de los primeros contactos entre la Nueva España y México, con el Imperio Ruso, puede enfocarse desde una perspectiva global, toda vez que no sólo concierne a las relaciones bilaterales de esos países sino que involucra, en el ámbito económico y político a las potencias europeas, a los Estados Unidos y, de manera indirecta, a los países del Lejano Oriente" (p. 13).

De hecho, el prólogo es en sí mismo un estudio de esta problemática, estudio casi pionero en México, ya que aparte de la tesis de licenciatura de Ma-

ría del Carmen Velázquez ("Establecimiento y pérdida del septentrión de Nueva España", 1974), en la que colateralmente se abordan las relaciones de México con Rusia, faltan investigaciones de este género. Cárdenas ubica el origen de las relaciones mexicano-rusas en el expansionismo del principado de Moscú hacia el Oriente, iniciado ya en el siglo XVI y que en 1741 llegó a establecer una cabeza de playa en el continente americano: Alaska. Al hacer una comparación con la expansión territorial estadounidense hacia el Oeste, el autor observa que la primera fue "lenta, ya que las condiciones climatológicas en el Asia Oriental presentaban obstáculos indescriptibles" (p. 14). En mi opinión, otro factor no menos importante en este desarrollo fue la pujanza migratoria norteamericana, fruto de la llegada en cantidades crecientes de población europea. Este fenómeno no existió en el caso ruso, y la búsqueda de nuevos territorios obedeció a razones diferentes.

Cárdenas plantea la interesante aunque controvertida tesis de que el principal motor de las relaciones rusas con las autoridades de Nueva España, y después con las del México independiente, fue "la necesidad de allegarse alimentos para la sobrevivencia del establecimiento ruso en el continente americano" (p. 16). Más precisamente, el autor enfatiza el interés ruso por abastecerse de víveres y aperos manufacturados en California para poder realizar la codiciada caza de las nutrias marinas, así como el interés por extender el comercio entre Kamchatka, Siberia, Japón, Alaska y el México septentrional.

Es en torno a este punto donde surgen algunas dudas. El autor del prolegómeno descarta el afán expansionista del imperio ruso en el continente americano. Para fundamentar su tesis cita en la página 18 un texto (sin referencia bibliográfica, pero muy probablemente procedente del clásico estudio de Hubert Howe Bancroft: *History of California*) que pretende explicar los motivos de un alto funcionario del gobierno zarista, y al mismo tiempo accionista de la Compañía Ruso-Americana, para establecer contactos con el comandante de San Francisco y el gobernador de Alta California: "Para él (Rezanov) lo más importante en ese momento era la expansión territorial. . . todo movimiento debía ser rumbo al sur. . . la costa americana yacía abierta frente a ellos hasta California, y posiblemente incluso esa tierra era penetrable, dada la bien sabida debilidad de los españoles" (p. 18). En opinión del prologuista, se trataba de una ambición personal del embajador Rezanov que el régimen de San Petersburgo supo frenar y nunca hizo suya.

Ninguna de las numerosas investigaciones sobre la expansión territorial rusa respaldan la idea de la moderación en el apetito por engrandecer la superficie del imperio por causas que no fuesen de fuerza mayor, como por ejemplo: la concentración de energías en otras regiones, rebeliones internas; la lucha por el poder entre la élite política rusa, la falta de recursos técnicos y humanos, sólo para mencionar los factores más importantes.

Si bien es cierto que de la selección documental en los archivos soviéticos realizada por el académico Sisonenko se desprende el interés ruso por "el comercio mutuamente beneficioso" y por ayudar a la Compañía Ruso-Americana a procurarse bienes de primera necesidad, se pueden, sin embargo, encontrar pistas sobre la vocación rusa más allá de los meros intercambios

comerciales. Así, en la carta del embajador Rezanov al propio zar Alejandro I se habla de “abrir nuevos horizontes para la gloria del Imperio Ruso” (p. 31). Igualmente, las circunstancias en que fue construido un fuerte con guarnición militar y con armas de artillería, hicieron en aquel momento dudar a las autoridades de la tambaleante Nueva España sobre las intenciones pacíficas de los arquitectos políticos del Punto Ross en 1814 (pp. 40-41). También dejan mucho que pensar los argumentos del gobernador de las colonias rusas en América, Wrangel, en favor de la necesidad de ocupar las llanuras del río Sloviañka (Russian River), cuando habla de “muchos otros beneficios” que se podrían lograr de ser aceptada su propuesta (p. 104). ¿Y cómo interpretar la insistencia de diferentes autoridades rusas en obtener el reconocimiento oficial de su dominio sobre los asentamientos en California, tal como se puede advertir en varios documentos en las páginas 58, 59, 63 y 66?

Para la época del México independiente resulta ilustrativa la argumentación del mismo Wrangel en pro de reconocer diplomáticamente al nuevo Estado mexicano a cambio de “otorgarnos el derecho temporal o eterno de poseer aquellos lugares que hemos ocupado desde el año de 1812” (p. 105). Cabe recordar aquí que en las relaciones internacionales los verdaderos intereses de los estados con frecuencia se ocultan en el discurso; hay que buscarlos en la investigación rigurosa de la historia, en el proceso real de dominación, del que la expansión territorial es una de las formas más conspicuas. Ahora bien, los motivos aparentes contenidos en la muestra documental de esta publicación también arrojan suficiente luz para abrigar reservas al respecto.

El juego diplomático de espejos se revierte a partir de la consumación de la independencia de México, en 1821, cuando el gobierno mexicano realiza esfuerzos diplomáticos durante varias décadas con miras a concluir un tratado comercial con Rusia. Con esta conducta política, las autoridades mexicanas no buscaban incrementar las relaciones comerciales con el imperio zarista, como aparentemente lo preconizaban, sino que perseguían, por encima de todo, el reconocimiento de la independencia del país para impedir de este modo las “quiméricas pretensiones de España” de recuperar su antigua colonia.

La diplomacia del naciente Estado mexicano estuvo muy consciente del papel que entonces desempeñaba Rusia en el concierto europeo; para evitar una posible alianza ruso-española (pp. 91 y 96), se buscaron afanosamente los buenos oficios de la diplomacia de Inglaterra, Francia y Prusia, hasta llegar a encomendar una misión en este sentido al ilustre viajero Humboldt. El adalid de la política mexicana de la primera mitad del siglo XIX, Lucas Alamán, instó en una carta del 2 de junio de 1831 al diplomático E. de Gorostiza a hacer todo lo posible a fin de “captarnos la amistad de esta potencia [Rusia], cuanto que si por una fatalidad, en la lucha que se prepara, sucumben de nuevo las ideas liberales, cobrará nuevo vigor la Santa Alianza cuyos ataques se dirigen contra nosotros, lo que podemos evitar contando de antemano con el reconocimiento de la misma Rusia” (p. 88). Alamán dio en el blanco en esta carta, evidenciando así la sagacidad que le ha valido un justo reconocimiento.

Héctor Cárdenas resta importancia a este tipo de consideraciones al afirmar: “como México se negó a firmar un tratado comercial con Rusia, ésta,

socia de España en la Santa Alianza, no accedió a otorgar el reconocimiento de México como nación independiente” (p. 24). Esta interpretación se basa en una publicación soviética de R.S. Ganemen: *De la historia de las relaciones económicas de Rusia con México y Brasil a mediados del siglo XIX*, editada por Nóvaya i Novezhaya Iztoría, en 1973. El autor parece aceptar literalmente la versión de la historia mundial difundida por las publicaciones soviéticas.

Cabría esperar de parte de Cárdenas una brevísima anotación sobre cuándo y en qué circunstancias el imperio ruso habría dado el reconocimiento a la independencia de nuestro país. También se advierte la ausencia de comentarios sobre la reacción del gobierno zarista frente a la guerra de los Estados Unidos con México en 1847 y la anexión de la mitad del territorio nacional, incluyendo la Alta California. Este acontecimiento crucial en la historia del país y de las relaciones mexicano-rusas se inscribe dentro del marco cronológico del libro. Finalmente, se antoja cuestionable la observación de Cárdenas de que: “Tal vez, mediante un esfuerzo diplomático concertado, la presencia rusa en América hubiera podido ser utilizada para defender a nuestra patria de la inmensa ambición norteamericana” (p. 23).

En conclusión, la publicación del Archivo Histórico Diplomático Mexicano abre las puertas a nuevas investigaciones sobre los albores de las relaciones de México con el coloso euroasiático. Los documentos recopilados en el presente volumen son una guía útil en el camino a seguir, aun cuando sea necesario cotejarlos con otras fuentes primarias, tales como memorias, epistolarios, correspondencia diplomática, etc. En todo caso, el mérito del libro es incuestionable: sentar por primera vez en México las bases para tal estudio, e invitar a otros a profundizar y explorar en este tema.

JAN PATULA

*Foro Internacional*, México, El Colegio de México, núm. 119, enero-marzo, 1990.

Este número de *Foro Internacional* está dedicado a la política exterior de México bajo la presidencia de Miguel de la Madrid Hurtado (1982-1988); no obstante su interés y utilidad cabe hacer algunas observaciones.

La primera se refiere a los autores. Seis de las nueve colaboraciones se deben a funcionarios de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) que tuvieron un papel decisivo en la elaboración y la ejecución de la política gubernamental durante el sexenio. Este hecho presenta la ventaja de que los autores son también los actores de dicha política y reconstruyen los eventos tal como acontecieron. Sin embargo, del conjunto de los textos se deduce la falta de una posición crítica y metodológica de un observador menos comprometido. Sorprende, por ejemplo, que dicha publicación no incluya un estudio sobre las divergencias doctrinales importantes que aparecieron dentro de la misma SRE a propósito de la política emprendida por el presidente De la Madrid.